

—¡Mete la mano por el agujero de la puerta, y darás con la llave!—gritó de nuevo la abuela, y así lo hizo el lobo, y abrió la puerta, entró en la casita, y sin más ni más se tragó a la abuela... vistiéndose con el vestido de ésta, se metió en la cama, cubrióse con el cobertor, y corrió las cortinas. Al cabo de un rato llegó caperucita encarnada; admiróse de encontrarlo todo abierto, pues en otros días se guardada la abuela muy gustosa con cerraduras y cerrojos, y se puso casi miedoso su tierno corazoncito.

Cuando caperucita encarnada se acercó a la cama de la abuela, vió en la cabeza una gorra de dormir, y era sólo poco lo que de ella se veía, y lo poco le pareció horriblemente.

—¡Ah, abuela! ¡Qué orejas más largas tienes!—exclamó caperucita encarnada!

—Para que mejor pueda oírte—fué la respuesta.

—¡Ah, abuela! ¿Por qué tienes los ojos tan grandes?

—Para que pueda verte bien.

—¡Ah, abuela! ¿Qué clase de manos tan velludas tienes?

—Para que mejor pueda agarrarte y retener-te.

—¡Ah, abuela! ¿Qué garganta más grande posees y que dientes más largos?

—Para que mejor te pueda comer.

Y saltó furioso del lecho y se comió a la pobre caperucita encarnada, y se fué.

Pero el lobo estaba muy harto, y le placía el cuartucho de la abuela, su blando lecho, y volvió otra vez al mismo y púsose a dormir y a roncar, y hacía un ruido tan estridente como el rodaje de un molino. Por casualidad pasó por allí un cazador y oyó el extraño ruido, y pensó:

—Eh, la abuelita tiene un pésimo roncador en el cuerpo, y según parece eso es el estertor de la muerte. He de entrar para ver lo que le pasa.

Dicho y hecho: penetró el cazador en la casita y encontró al señor gruñón del lobo en la cama de la abuela, y de ésta no se veía nada.

—¿Estás aquí?—preguntó el cazador metiendo mano en la cartuchera colgada de la espalda.—

¡Ahora te tengo en mi poder tu que tan a menudo te me has escapado!—Ya le apuntaba con la escopeta cuando se dijo para sí: Detente... la vieja no se ve, y, al fin, el lobo se la habrá tragado por entero, y, por otra parte, era sólo una pequeña y flaca mujer.—No disparó el cazador, y sacando su afilado cuchillo de monte abrió suavemente al dormido lobo todo el vientre, y vió que salía una caperucita encarnada y con la caperucita una cabeza y con la cabeza la linda y muy querida muchacha, diciendo:

—¡Buenos días! ¡Ah, que oscuro era el cuartucho de ahí dentro!...

Y detrás de caperucita encarnada agitábase la vieja abuela, y vivía todavía, pero no había en el vientre del lobo mucho sitio para ella. El lobo seguía durmiendo como si fuese un tronco, y tomando piedras como en el cuento de las siete cabritas, llenaron de piedras el vientre del lobo, después se ocultaron, y el cazador púsose detrás de un árbol para ver lo que el lobo haría. Se despertó éste, bajó del lecho, salió del cuartucho y después de la casa, y cojeando se fué al pozo, pues estaba muy sediento. Caminando pensó:—No sé, no sé en realidad lo que sucede en mi vientre; se bambolea de aquí para allá, de allá para aquí, algo como si se tratase de piedras... si serán la abuela y caperucita encarnada?...—Y como se fué al pozo y quería beber y tirar allí las piedras, con el sobrepeso de las mismas perdió el equilibrio y se cayó al pozo y se ahogó.

De esta manera economizó el cazador una bala y sacando al lobo del pozo le despellejó, y los tres, el cazador, la abuela y caperucita encarnada se bebieron el vino y se comieron las tortas, y de nuevo renació la tranquilidad en su alma, y la abuela se quedó fresca y sana, y caperucita encarnada con el cesto y botella vacíos se volvió a su casita pensando:—Nunca dejarás el camino para pasar por el bosque cuando te lo prohíba madre.

J. VIDAL Y JUMBERT.

XISTOS

Deia un, declarant a la Comissaria de policia:

—Diu vosté que l'agressor li ha donats cops al cap amb un tupí i vosté no te cap senyal de cops?...

—No, senyor; es veritat. Pero ¡si vosté vegés com ha quedat lo tupí! Tot ell va quedar fet trossos.

Puja al tranvía un senyor gras i gros d'alló més.

—Jo'm creia—diu un tranquil, nano d'estatura, a un company seu que tenia al costat—que los tranvies eren per a les persones, no pas per a els *elefants*.

El senyor de referencia, que ho va sentir, respon:—¡No s'estranyil... El tranvía es com l'arca de Noé; admet tota classe d'animals, de des de l'*elefant fins al burro més petit*...

I tothom esclatá a riurer, comprenent la *indirecta*.

Z.